

¡Ay, cuánto me quiero!

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Teresa Martínez



loqueleg®



Yo

¡Ay, cuánto me quiero! En realidad, para ser sincero, me amo. ¿Qué haría yo sin mí?

¡Qué suerte la mía, conocerme de toda la vida! Desde el día en que nací he estado conmigo. Prometo nunca dejarme solo. Me acompañaré siempre, donde sea que vaya.

Antes de que yo naciera, mi mamá me tuvo dentro de ella durante nueve meses. ¡Qué señora tan suertuda! Fue la primera en conocerme. Desde entonces le he dado permiso para ser mi mamá día y noche.

Ella y mi papá me quieren mucho. Los comprendo, soy adorable. Son personas muy inteligentes.

Mi papá se la pasa bien trabajando para comprar mi comida, mi ropa y mis juguetes. Si no fuera por mí, no tendría para qué ir a la oficina y se quedaría aburrido en la casa. Por eso me preocupo de comer toda mi comida aunque no me guste tanto, de ponerme mucha ropa aunque me dé calor y de jugar con todos mis juguetes al mismo tiempo.

¡Qué buen hijo soy! Reconozco que los consiento demasiado, pero no puedo evitarlo, soy tan tierno...



El colegio me encanta. Yo sé que existen varios, pero no puedo ir cada día a un colegio diferente. Me da tristeza, me da mucha tristeza por todos los niños del mundo que se quedan sin conocerme, pero yo sólo puedo ir al mío.

Mi profesora es divertida y simpática y siempre me pone buenas calificaciones. Ella también fue niña, ¡pero hace mucho tiempo! Me imagino cuántas cosas estudió en el colegio y cuántas más en la universidad. Y todo para enseñarme a mí. ¡Qué orgullosa debe estar!



Después de clases y los fines de semana, juego en mi habitación o en mi jardín. Me subo a mi árbol y me siento sobre una de mis ramas. Es verdad que las ramas le salieron al árbol, pero igual son mías porque están en mi jardín. O sea, en el jardín de mi casa... Bueno, la casa es de mis papás, pero como yo soy de ellos, entonces también la casa es mía... y el jardín y también el árbol y, por supuesto, la rama. Lógico.

Sentado en mi rama ensayo mis discursos de agradecimiento, para cuando me entreguen todos mis premios, mis diplomas, mis trofeos y mis medallas. “Gracias, gracias”, digo. “Me doy gracias a mí mismo por mi apoyo. Todo me lo debo a mis propios méritos”.

Otra de mis actividades es llamarme por teléfono, pero siempre suena ocupado. Seguramente es porque estoy haciendo cosas muy importantes, como, por ejemplo, llamarme por teléfono.

Además, me escribo cartas con mucho cariño y las escondo debajo de mi almohada. Pero

siempre las descubro rápidamente. Ayer me escribí una carta sin ponerle mi firma. Soy tan astuto que reconocí mi letra y supe que era yo quien la había escrito, así que me contesté. No sé si alguien más en el universo será capaz de responder cartas anónimas.

Cada noche, cuando me acuesto, rezo y le doy gracias a Dios por haberme hecho a mí junto conmigo. ¡Qué sabio es Él! Con razón es Dios. Hace todo bien.

Mientras duermo, me extraño mucho, pero ¡ay, qué alivio despertar en la mañana y volver a encontrarme!

Amigo imaginario *versus* monstruos de la noche

Hoy en la mañana me dediqué a dibujar en mi jardín. Hice un retrato de mí mismo. Lo pinté con todos mis lápices de colores. Me quedó tan lindo, que tuve que felicitarme y me di un abrazo.

Estaba dándome cariño cuando vi que una niña me miraba desde el jardín de al lado. Se había asomado sobre la cerca.

Me dijo:

—Yo también tengo un amigo imaginario.

Le contesté:

—¿Qué es un amigo imaginario?

Entonces esa niña me dijo:

—Eso que estás abrazando.

Yo le expliqué:



—No estoy abrazando a ningún amigo imaginario. Me estoy felicitando a mí por lo fantástico que me quedó mi autorretrato.

—¿Y no tienes un amigo imaginario? —me preguntó.

—No —le contesté a esa niña—. ¿Para qué sirve?

—Para tener compañía.

—¡Ah! —dije yo—. Entonces no lo necesito, porque me tengo a mí.

Ella se quedó callada mirándome.

Después dijo:

—También sirve para defenderte de los monstruos de la noche.

—¿Cuáles monstruos de la noche? —le pregunté a esa niña.

—Los que aparecen cuando oscurece. A mi habitación van muy seguido y yo les tengo miedo. Despierto asustada y mi amigo imaginario me defiende.

Me dio tristeza que ella tuviera que compartir su recámara con los monstruos y, además, con el famoso amigo imaginario. ¡Cuánto tra-

bajo! Yo no tendría espacio para tanta gente en mi recámara; en mi cama quepo yo solo, mis muebles ya están llenos con mi ropa y mis estantes apenas alcanzan para guardar mis juguetes.

Hay otro detalle muy importante: yo duermo conmigo, en cambio, esa niña no. Quizá por eso tiene miedo. Me pareció muy valiente que alguien se atreviera a estar sin mí. Probablemente los monstruos de la noche y el amigo imaginario también se sentían solos y tenían terror y horror.

—Son muy valientes —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó esa niña.

—Por pasar la noche solos, los monstruos, tu amigo imaginario y tú.

Parece que esa niña no me entendió, porque puso una cara extraña. Como soy muy educado, decidí cambiar la conversación:

—¿Y cómo es tu amigo imaginario? —le pregunté.

—Es muy fuerte, audaz y, además, es cariñoso conmigo.